



El mes de Joan de Sagarra El descubrimiento de un buen libro de fotografías, regalado el día de su 75.º cumpleaños, da pie al autor a explicar sus costumbres lectoras y recomendar una serie de libros gozados recientemente

Buenos libros nunca faltan

JOAN DE SAGARRA

El pasado día 8 cumplí años, 75, y mi primo Enrique Vila-Matas y su esposa, Paula de Parma, me obsequiaron con un precioso libro: *Lights off*, de Fernando Salas. Según leo en la camisa del libro, Fernando Salas Sierra es “un reconocido diseñador de Barcelona, de origen sevillano, afincado en la capital catalana desde los tres años de edad”. “Sobre las cinco de la tarde”, escribe Fernando Salas, “cada domingo de temporada y de manera inflexible, entraba por la ventana de casa el sonido del tintineo de los caballos de arrastre portando una calesa camino de la plaza. Después de comer era la señal que esperábamos mi padre y yo; era el prólogo de la corrida (apenas vivíamos a dos manzanas de la Monumental) y con un padre sevillano y taurino hasta los huesos no me podía escapar”.

Lights off es un libro de fotografías, de fotografías taurinas, pero es algo más que eso: es un documento sobre las últimas vivencias de la Monumental barcelonesa; un libro de imágenes en blanco y negro de las últimas vivencias de una plaza a la que, como reza su título, le han apagado las luces; un libro que pretende, y lo consigue, huir de debates ético-políticos. Un libro de fotografías, porque Fernando Salas es también un excelente y reputado fotógrafo, pero con una mirada personalísima, en la que asoma el diseñador, el interiorista: fotografías de almohadillas, del in-

terior de los corrales, de los chiqueos, del patio de caballos, del fundón de estoques, del capote de brega; fotografías de la casaquilla del picador, del picador con el castoñero, de los tendidos, del torero montando la muleta, de la capilla donde rezan los toreros, de la fotografía de Manolete con don Pedro Balañá... hasta llegar a la foto, impresionante, de la plaza vacía, con las luces apagadas. Y la esperanza, que es lo último que se pierde, representada por el paseillo de los alumnos de la Escuela Taurina de Barcelona, y un cartel, ya viejo, me-

Libros, buenos libros, no faltan, afortunadamente; yo me los zampo, como me fumo mis cigarros

dio oculto. Y claro está, con toros y toreros: Morante de la Puebla, Serafín Marín, Julián López, *el Juli*, José María Manzanares, *el Cid*, el *Fandi*, Sebastián Castella, Juan Mora. Y, cómo no, José Tomás, el gran José Tomás... En pocas palabras: una pequeña joya que todos los barceloneses aficionados taurinos hemos de agradecer.

75 años son ya muchos años, demasiados para seguir escribiendo sobre libros. Pero, ¿qué haría yo sin mis libros, sin ese libro que, desde que era un crío, me zampo cada día, sin esas ciento y pico de páginas que me leo cada día, desde las

seis –soy muy madrugador– hasta las once de la mañana? ¿Y qué haría yo sino escribir, no sabiendo hacer otra cosa? Hace unos días, leí en este periódico una columna de Quim Monzó sobre el anunciado cierre de la librería Catalònia. Decía Monzó que el noventa por ciento de los libros que hay en las librerías son “bazofia”. Si tú lo dices, colega... Yo suelo ir una, a veces dos veces a la semana a *mi* librería, que no es otra que Laie, en la calle Claris, y cada vez salgo con dos o tres libros (soy, desde hace años, un estupendo cliente), y son muy buenos libros. Últimamente me he zampado *La frontera*, de Franco Vegliani, un escritor triestino que me ha encantado. Está editada por Minúscula, que es una de esas pequeñas editoriales que cuidan mucho sus productos. Minúscula tiene, a través de Claudio Magris, una relación muy especial, muy afectiva, con los triestinos –yo soy un enamorado de Trieste–, como ya se puso de relieve al publicar *La isla*, aquel extraordinario relato de Gianni Stuparich, otro ilustre escritor triestino.

Otra de esas pequeñas editoriales que me encanta es Errata naturae, que acaba de sacar una magnífica traducción –de Sara Álvarez Pérez– de *Hotel del Norte*, la gran novela de Eugène Ionesco, y dos libros más que no dudaría ni un segundo en recomendar: *Hace cuarenta años*, de María Van Rysselberhe –la “Petite Dame”, de Gide–, y *Dos noches* de Ennio Flaiano, el

guionista de *La Dolce Vita*... Ahora voy tras la traducción castellana de *Le Sang noir*, que es una novela extraordinaria de Louis Guilloux, que aparece en Francia en 1935. Esa novela me la descubrió Jorge Semprún y recuerdo que me produjo una fuerte impresión. Me encantaría poder leer la traducción castellana, a ver si está a la altura... La publicó El Aleph, otra de esas pequeñas editoriales a las que tanto le debemos. Aleph pertenece hoy al grupo de Edicions 62, se la he pedido, pero sin suerte, por el momento... Otra pequeña editorial que frecuento es Libros del silencio, que hoy está de luto: el pasado 15 de enero fallecía su creador, Gonzalo Canedo, un apasionado de los libros, de los buenos libros. Se murió joven, a los 57 años. Libros del silencio había publicado cosas muy ricas: *La familia Masher*, de Der Nister y *Dog Soldiers*, de Robert Stone...

Libros, buenos libros, no faltan, afortunadamente. Yo me los zampo, como me fumo mis cigarros. Por placer más que por vicio, aunque confieso que no podría vivir sin ellos. Y si luego hablo de ellos no es con otra autoridad que la de un viejo lector, un viejo lector que aprende y disfruta leyendo. No soy, como ustedes ya se habrán percatado, ningún crítico literario, ni pretendo serlo: me basta y sobra con poder contagiar, hacer participar a otro, de una buena lectura. Como haría con un habano o un alcohol, como hacía con los espectáculos teatrales cuando todavía iba al teatro... Y hablando del teatro, he decidido regresar. Es por la inesperada y dolorosa desaparición de Anna Lizaran. Así que, a partir de ahora, compartiremos libros y espectáculos teatrales. Y, si me lo permiten, hablaremos también de películas, viejas y nuevas películas. Y de canciones, viejas y nuevas canciones. “Sono Freddy / dal whisky facile... / Se c’è una cosa / che mi fa tanto male / è l’acqua minerale”, que cantaba el simpático Fred Buscaglione. |



Vista de la plaza Monumental barcelonesa vacía, foto extraída del libro ‘Lights off’